

Un problema de Seguridad Nacional (Americana)

ARTURO SOSA A.

A muchos venezolanos nos preocupa la creciente coincidencia de las posiciones internacionales de Venezuela y las de la administración Reagan. Estados Unidos y Venezuela, dice Robert Fontaine, asesor de R. Reagan, "comparten metas básicas similares, son dos países diferentes extremadamente coincidentes" (cf. Diario de Caracas 15-4-81). Esta parece ser la opinión dominante tanto en la Casa Blanca y el Departamento de Estado como en Miraflores y la Casa Amarilla.

La paradoja consiste en que las coincidencias entre ambos países son mayores en la medida en que Venezuela se piensa más autónoma e independiente en sus decisiones internas y externas; cuando aparentemente existen intereses económicos divergentes a los norteamericanos y a pesar de la tendencia al endurecimiento y a las posiciones más rígidas y prepotentes en el gobierno estadounidense.

YA SABEMOS POR QUE

Para la mayoría de las personas, de derecha y de izquierda, a este asunto no hay que darle muchas vueltas. Ya sabemos por qué es así. Nos repiten, entonces, explicaciones ya clásicas que se caracterizan por su maniquea claridad y su determinista mecanicismo que sólo conducen a la repetición cansona y a conclusiones previstas que, según los casos, se traducen en una aceptación de las cosas como son o en una idealista bravuconada incendiaria contra el imperialismo yanqui.

La primera de esas explicaciones es la del realismo geo-político-económico: Desde el "descubrimiento" de América, los del norte han demostrado ser mucho más eficaces que los del sur. Los Estados Unidos son una nación "exitosa". En lo político han logrado una estabilidad democrática inigualada, basada en el respeto de la libertad individual que lo ha convertido en el líder del "mundo libre". En lo económico la superioridad es aún más evidente. Rápidamente conquistaron el puesto de prime-

ra potencia económica mundial gracias al tesón y a la capacidad de innovación científica y tecnológica. Progreso económico avasallante que envolvió en primer término a los países del sur de América, incapaces de hacerlo por sí mismos. Es, pues, "natural" que Latinoamérica se haya convertido en el "patio trasero de Norteamérica". Su relación especial con nosotros es lo que nos ha permitido incorporar al progreso y la modernización, superando nuestras taras ancestrales y el lastre añadido por la colonización ibérica. Si queremos, entonces, avanzar en la ruta del desarrollo económico y democrático tenemos que aceptar la dependencia de los Estados Unidos. Esa es la única conclusión realista.

La segunda explicación proviene de la izquierda. El imperialismo es una fase necesaria del desarrollo del capitalismo. Los Estados Unidos han alcanzado esa fase. Sus clases industriales y comerciales, apoyadas en un poderoso Estado-guardián de sus intereses de expansión, logran controlar rápidamente a las economías menos desarrolladas. En el continente americano la cercanía y los errores de la época colonial facilitan esa tarea de convertir a los países latinoamericanos en periferia de la economía del norte. La identificación de los intereses de las clases dominantes de los países dependientes con los de los Estados Unidos convierten a los Estados y gobiernos de esos países en especies de "cónsules" de las políticas norteamericanas. Romper ese esquema sólo es posible mediante la revolución de las clases explotadas guiadas por el partido que encarna sus verdaderos intereses.

Ambas explicaciones tienen algo de razón. Pecan de esquematismo y no respetan la sinuosidad de la realidad ni la irregularidad de los caminos de la historia.

UNA CUESTION DE COYUNTURA

Otras explicaciones se refieren más a los aspectos coyunturales. Parten de la realidad heredada de la IIª Guerra Mundial que divide al mundo en dos

grandes bloques en pugna: al Este-comunista-totalitario se enfrenta el Oeste-capitalista-libre. Ambos bloques están en "guerra fría" y cada uno conquista territorios. América Latina es parte del territorio occidental y eso afecta todos los niveles de la vida de estas naciones: la economía, la política, los modelos sociales y de comportamiento y los mecanismos de defensa militar quedan subordinados a los planes, intereses y recursos de las potencias occidentales. La coincidencia es, por tanto, necesaria y obligada.

Dentro de ese esquema Este-Oeste se ha venido desarrollando otra correlación; la Norte-Sur. Los países subdesarrollados dominados de ambos bloques, han hecho algunos esfuerzos de vincular intereses contrarios a los de los países desarrollados. Sin embargo, el esquema Norte-Sur no logra ni siquiera debilitar el Este-Oeste, fortalecido con la política Reagan-Haig.

En el bloque occidental están, además, en juego otras pugnas: la democracia formal-representativa frente a los regímenes militares también abanderados y propulsores del desarrollo económico capitalista. Durante la presidencia de Jimmy Carter los regímenes militares vieron debilitado el apoyo norteamericano que impulsó los procesos de apertura democrática. El ascenso de Reagan ha supuesto una vuelta al criterio crucial de la "amistad" y fidelidad a los Estados Unidos contra los avances del bloque soviético. Si se trata de gobiernos democráticos o, al menos, que convocan elecciones, mejor. Pero si se requiere el predominio militar para garantizar los intereses occidentales, bueno.

En los esfuerzos por democratizar al continente latinoamericano se da la lucha entre la corriente socialdemócrata y la Democracia Cristiana. Ambas pretenden liderizar ese proceso de democratización y ganarse la confianza de los Estados Unidos para realizar esa misión. Durante la presidencia de Carter la socialdemocracia logró ganar terreno en este sentido lanzándose a una audaz po-



lítica de defensa de los derechos humanos y de apoyo efectivo a los movimientos antidictatoriales, incluso de signo revolucionario como los de Centroamérica. Con la llegada del binomio Reagan-Haig, Latinoamérica vuelve a ser considerada como el "patio trasero". Las relaciones con ella se establecen en base a la Doctrina Monroe. Lo importante es sostener a los gobiernos amigos de los Estados Unidos, capaces de detener la soviétización del hemisferio encabezada por Cuba. En este nuevo enfoque la Democracia Cristiana se propone como el aliado ideal: ideológicamente seguro, propulsor de una democratización pronorteamericana y garantía de abolición de cualquier desviación hacia la izquierda.

Este conjunto de factores hacen que Venezuela sea un país "extremadamente coincidente" con los Estados Unidos. Acepta su pertenencia al bloque occidental, sus recursos económicos le otorgan cierto liderazgo entre los países del Sur, mantiene una respetable estabilidad democrática en contraste con sus vecinos y la socialdemocracia y la Democracia Cristiana se comparten el liderazgo nacional.

UN PROBLEMA DE SEGURIDAD

Tanto las razones estructurales como las coyunturales y geopolíticas indican que Venezuela va a seguir coincidiendo con Norteamérica. En el fondo se trata de un problema de seguridad en el sentido más profundo de esta palabra que supera la cuestión militar o policial.

Aunque la fuerza de las armas es un factor decisivo, el poder tiende a depender menos de las armas y más de los factores ideológico-culturales.

La raíz de las coincidencias entre Venezuela y los Estados Unidos se sitúa en este nivel ideológico-cultural. En fin de cuentas, se coincide en una visión del mundo, del hombre, de la historia, de la jerarquía de los valores que hay que promover y evitar... Las patrióticamente proclamadas diferencias culturales entre latinos y anglosajones se mantienen a niveles insignificantes a la hora de las decisiones fundamentales. La modernización, el progreso o el desarrollo —útese el nombre que guste— occidental-capitalista ha producido una convergencia de

fondo en desde dónde y cómo se ve el mundo. Somos venezolanos que comemos hallacas y arepas, bailamos al son del cuatro y aplaudimos a Un Solo Pueblo, pero terminamos teniendo la misma perspectiva, los mismos objetivos y el mismo camino para alcanzarlos que los yanquis que comen hot-dogs y beben Coca-cola extasiados con la música rock.

Esa profunda convergencia lleva a adoptar los mismos objetivos globales para la sociedad, construir relaciones sociales semejantes y tener las mismas cosas que defender. Aquí entra el problema de la seguridad. Hemos llegado a pertenecer al bloque occidental por identificación ideológico-cultural además de por la geopolítica. Nos hemos hecho socios del dominador. Nuestra seguridad global depende de que se mantenga esa asociación. Nuestra identidad como sociedad organizada de esta manera, con este camino hacia el desarrollo es la que nos da seguridad. Cualquier cosa que atente contra la posibilidad de mantener esta organización social afecta directamente las fibras de la seguridad interior, personal y colectiva, de los venezolanos.

Ese proceso de identificación ideológico-cultural traspasa las fronteras de las clases sociales para hacerse "identidad nacional". No es sólo una coincidencia de intereses económicos concretos entre las élites dominantes del país con las de Estados Unidos, sino que también las clases oprimidas, el pueblo en su conjunto, hace suya esa cosmovisión, y en ella asienta su seguridad.

De allí que, formulados o no, existan y funcionen unos objetivos "americanos" prevalentes sobre los "nacionales". La "seguridad nacional", por tanto, queda incluída, subsumida y subordinada a la seguridad americana o hemisférica. América es la verdadera nación. Su seguridad es la seguridad de todo el hemisferio.

La defensa de la seguridad es función primordial del Estado. De allí, la importancia de la acción de los Estados-nacionales latinoamericanos en todos los campos del desarrollo social y económico para la defensa de la seguridad americana. De allí la importancia de que los Estados-nacionales posean los recursos militares y policiales para garantizar la seguridad de las agresiones internas

(subversión).

En función de la preservación de la seguridad americana tiene que existir una relación especial entre los países del hemisferio que además de concretarse en intercambios económicos, acuerdos políticos y tratados de mutua defensa armada, se manifiesta en la formulación de las políticas nacionales de desarrollo y en la política exterior de cada uno de los Estados.

Y ENTONCES QUE

Si la creciente coincidencia entre las posiciones internacionales de Venezuela con la política exterior norteamericana no responde a una dependencia mecánica del Departamento de Estado al que le pedimos instrucciones cada vez que vamos a fijar metas y posiciones, sino que se debe a una coincidencia más de fondo en los objetivos de nuestra sociedad con los de la sociedad norteamericana y de cuya seguridad depende nuestra identidad, la posibilidad de una política exterior autónoma por parte de Venezuela significa plantearse el problema de nuestra propia identidad ideológico-cultural, junto con los problemas de la determinación y ejecución de los objetivos de nuestra sociedad.

Hemos dado demasiada poca importancia a la dimensión ideológico-cultural en general y a la Doctrina de la Seguridad Nacional en particular, como forma de profundización de la opresión. Lo preocupante de las coincidencias con los Estados Unidos es precisamente que no son forzadas, ni fruto del chantaje o del miedo infantil a quien tiene mayor fuerza militar, sino que surgen lógicamente de la manera como las élites dirigentes del país conciben al mundo y sus relaciones. En las que se basa la seguridad personal y colectiva de nuestra sociedad. En este terreno tenemos que emprender una lucha de importancia decisiva. Necesitamos ir generando una identidad alternativa concretada en un proyecto social, en una manera de entender las relaciones económicas y en organizaciones que puedan rehacer los objetivos de la sociedad. Entonces podremos pensar en una sociedad con objetivos divergentes a los de los Estados Unidos, propios y fundamento de una seguridad independiente.